

El Morbo del Poder

Por Julio Brea Franco

Apenas hemos mordido una temática. Muy poliédrica, multifacética, por cierto, pero interesante. Pretendimos, en nuestra anterior entrega, reflexionar en torno a esa recurrente y gratuita declaración que muchos emiten: la de ser "apolítico". Una declaración hecha por dominicanos que exige, para es-cudriñar su etiología, canalizar la atención a lo que ha sido el pasado político de esta tierra nuestra, predominantemente de gobernantes macheteros y de intelectuales secretarios.

Eso del "desprecio oculto" por los políticos, amadrinado en una sentencia, las más de las veces contradictoria, fue tan sólo una opinión, una tímida propuesta de explicación. Y esto lo decimos no alimentados por una falsa modestia. Es que volcar primero resultados de reflexiones hechas al margen, "escrituradas" con celeridad para tenerlas acabadas antes del amanecer del viernes, no pueden pretender, ni lo pretenden, ser explicaciones científicas. En primer lugar, porque eso de hacer ciencia a través de las angostas columnas de un rotativo, es un objetivo hartamente discutible. Discutible en posibilidades y en eficacia.

Pero además: ese no es nuestro interés. Ni lo es ni lo ha sido. Lo que siempre hemos deseado es simplemente otear el panorama armados, quizás, de un catalejo. Visualizar ciertos problemas, enfocarlos para captarlos en sus grandes trazos y así saciar un poco ese auténtico empeño que cobijamos: darle un sentido a este medio nuestro, en el que estamos inmersos, en el que vivimos. Y así procediendo damos rienda suelta a inquietudes, y vibrantes inquietudes, de contribuir a que las cosas sean mejores, mañana, de lo que son hoy. Lo dicho no es superfluo. Era necesario, es necesario. Y era y es porque nos estamos adentrando en un terreno posiblemente arcilloso. Este: el de la psicología política. Y que nos perdonen los psicólogos, quienes quizás preferirían eso de psicología social. Pero en fin de cuentas la etiqueta no importa mucho. Estas, lo reiteramos, son apenas opiniones.

¿Porqué hay tantos dominicanos que sueñan y anhelan, nada más y nada menos, que con la Presidencia de la República? ¿Porqué ese afán desmesurado de alcanzar poder en la cuantía y en los lugares en que éste se encuentre? ¿Porqué sucede a muchos, que arribados a una posición de poder cambian su forma de ser y se tornan soberbios y prepotentes? ¿Porqué resulta tan difícil una vez llegado a desempeñar un cargo de cierta autoridad desembarazarse de él? ¿Porqué ese centralismo, patrón de gestión administrativa de tantos funcionarios con o sin experiencia que retrancan muchas veces los procesos gubernamentales?

Esta lista de "porqué" puede ser interminable. Pero hay que agregar, además: la búsqueda desafortunada de poder, el carácter patológicamente demoníaco del mismo es un fenómeno humano y

universal. No sucede tan sólo en los pobladores de esta tierra calentada por el sol. Y lo ha sido en tal medida que cerebro privilegiados de todas las épocas han meditado profundamente acerca del mismo, utilizando perspectivas especulativas —en el pasado— y más científicas, en el presente. Montañas de papel se

han escrito sobre el tema y de seguro se continuarán escribiendo. Es que la naturaleza del hombre, para el hombre mismo, es un misterio. Un misterio cuyo develamiento se torna en invitación difícilmente desdeñable.

Pero con prisa hay que advertir: una cosa es querer poder y otra es ser poderoso, alcanzarlo (¿cabría aquí la sentencia bíblica, precisamente aquella que reza: "muchos son los llamados pero pocos los elegidos"). Y además: no sólo se busca poder político. No olvidemos que el poder es un fenómeno social, está por doquier, aquí, allá, en todas partes. Desde una inocua agrupación cultural, hasta en una empresa cualquiera. Incluso hasta en la misma familia. En toda agrupación humana existe poder, y también, lucha por alcanzarlo y ejercerlo.

¿Porqué se busca poder? Son muchas las respuestas que se han ofrecido a esta, aparentemente sencilla e ingenua, interrogante. En la famosa "República" de Platón éste pone en boca de Sócrates, el sabio cuyas ventanas de la vida se cerraron para siempre por obra de la mortífera cicuta, afirmaciones de las que se desprenden eso de que el hombre aspira al poder para conseguir el bien colectivo.

Trasímaco, el interlocutor socrático, no estaba de acuerdo. Sostenía una tesis totalmente contraria: los hombres buscan el poder en la consciente persecución de sus propios intereses. Entonces, lo que es "justo y recto", establecido en las leyes, no es más que aquello que favorece los intereses del partido en el poder, en otras palabras, del más fuerte.

Como puede apreciarse, hace ya más de dos mil años, en los diálogos platónicos, se delinearon dos posibles respuestas. Pero como justamente se ha señalado es muy probable que la discusión entre estos dos antiguos griegos no fuese otra cosa que un monólogo entre dos, es decir, un hablar sin escucharse. Algo muy frecuente en discusiones políticas: un interlocutor critica arduosamente un punto que el otro no mencionó, dejando de lado el que sí afirmó. Sócrates ofrecía un argumento normativo: quería significar cómo debieran actuar los gobernantes. Trasímaco se refería a la manera como los gobernantes actúan generalmente.

Estos puntos de vista han sido retomados por muchos filósofos políticos y estudiosos de la política. Y la afirmación socrática ha sido muy socorrida por los primeros, mientras que los segundos han argüido que ésta no es la única razón, ni incluso la razón por la que los hombres buscan real y verdaderamente el poder.

En la actualidad algunos cien-

tíficos políticos han tratado de ofrecer otra explicación: los hombres buscan poder por motivos inconscientes. Y entre los más eminentes, el pensamiento de Harold Lasswell es el más influyente. Se ha dicho: el que busca poder lo persigue como un medio de compensar privaciones psicológicas sufridas durante su niñez. Y las privaciones típicas que engendran la búsqueda de poder son la falta de respeto y de afecto en los primeros años de vida.

Estas carencias producen que el individuo adquiera una baja apreciación de sí mismo, en otras palabras, que se sub-estime. Y con el trajinar del tiempo este individuo aprende a compensar la baja estima del valor de su "propio yo" mediante la búsqueda de poder. En efecto, llega a creer que adquiriendo poder puede mejorar su propio yo, es decir, hacerse querido y respetado. Con el poder se sentirá importante, querido, respetado, admirado. Pretende así conseguir el afecto y el respeto que no tuvo o no consiguió en sus relaciones familiares. Naturalmente, esta conducta no está alimentada por un pensamiento consciente y racional. Al contrario, gran parte de la motivación posiblemente sea inconsciente.

El buscador de poder no percibe necesariamente el porqué aspira él al poder. Racionaliza su búsqueda en términos aceptables a sus valores conscientes y quizás en términos aceptables a la ideología dominante —entre aquellos con los que se identifica.

En resumen: según Lasswell, una persona que busca poder concede un gran valor al hecho de ganar poder; pide poder para su "propio yo"; tiene bastante confianza en que él puede ganar poder; y, por último, adquiere al menos una habilidad mínima para el ejercicio del poder. Esto en una síntesis muy apretada y bastante simplificada.

Naturalmente, esta caracterización está en esta a una serie de salvedades. En primer lugar, y como ya lo advertimos, un buscador de poder no necesariamente lo busca en el Gobierno, quizás lo busque en otras instituciones. Puede darse el caso también que el nivel de su propia estimación esté más allá de toda compensación posible, y entonces no se produzca búsqueda de poder sino, al contrario, resignación, retirada y quizás hasta el suicidio.

Por otra parte, una escasa estimación propia puede ser "sublimizada" en otro tipo de actividad que no sea la política, como por ejemplo la búsqueda de la popularidad a través del teatro, etc. Otra es ésta: un buscador de poder, para compensar su carencia, quizás no sea efectivo, es decir, que no lo logre obtener porque despierta desconfianza en los demás precisamente porque muestra un deseo demasiado violento de poder que crea ojeriza.

En fin, el tema es complejo, pero sumamente interesante. En eso de la búsqueda del poder hay motivaciones psicológicas profundas. De que no sean las únicas, es otra cosa, pero ello no invalida su presencia.